

Laura Devetach

Poeta, escritora y docente argentina. De su prolífica obra destacan: *Cuentos y contos*, *El ratón que quería comerse la luna*, *Los 1001 del garbanzo peligroso*, *La fiesta de Chizzzz*, *La hormiga que canta*, *Oficio de palabrera* y *Avión que va, avión que llega*.

Escribir en dictadura

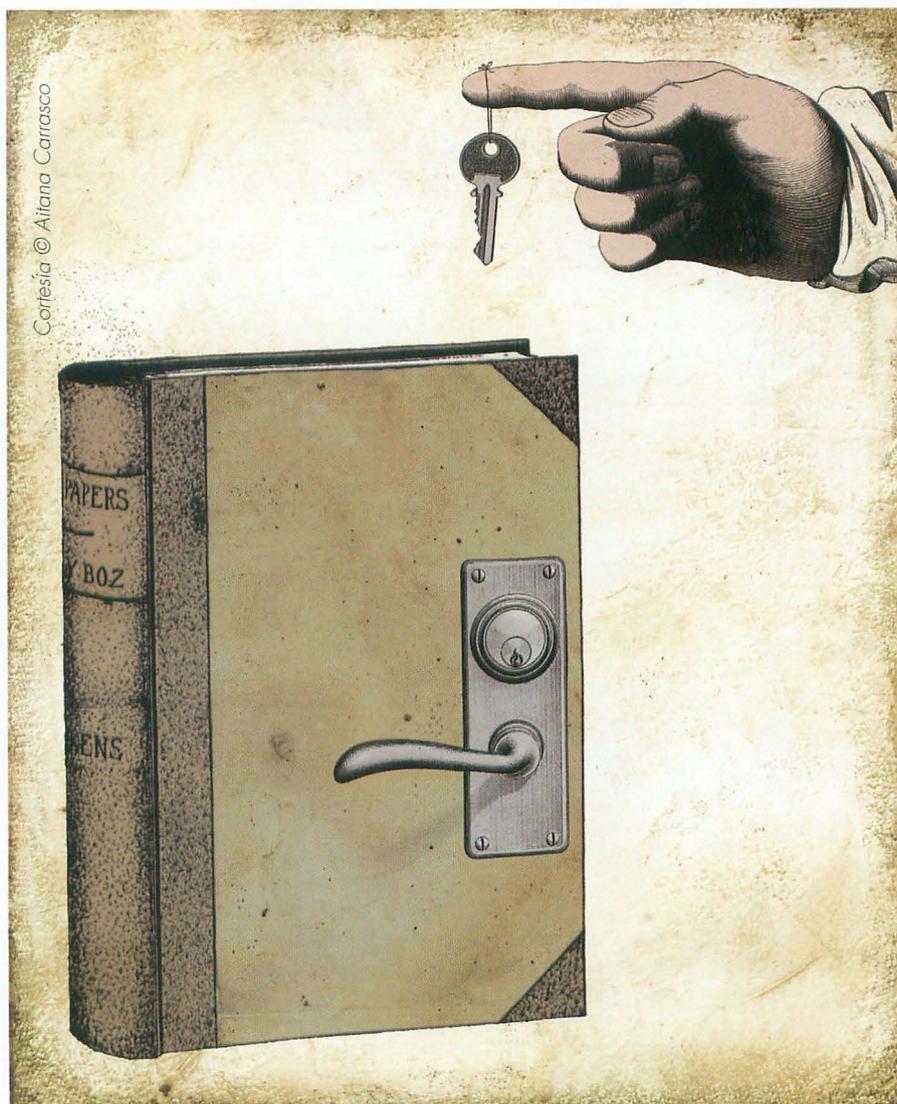
Dedico este trabajo a todos los docentes argentinos y comunidad en general que hicieron rodar mis cuentos en copias mimeográficas, en tiempos de prohibición, y así los mantuvieron vivos.

Cuando me convocaron para formar parte del panel sentí que, una vez más, entraría en el vértigo de revisar avalanchas de piezas de rompecabezas—recuerdos—testimonios, que no se dejan manejar fácilmente. Hilvané estas piezas que deseo

sean un acto de reparación para mi país, para los desaparecidos y para las innumerables víctimas que aún hoy conviven con tristezas y carencias.

Hay una fuerza que empuja: es el deseo de transmitir a los jóvenes las experiencias vitales, los vaivenes del conocimiento y las emociones de crear en dictadura. Estos hechos aún no pertenecen al pasado.

La censura trasciende las situaciones personales y representa un aspecto más



Cortesía © Aitana Carrasco

de la supresión y el exterminio en sus sentidos más genuinos. Es bueno recordarlo, porque están muy claras hoy en el mundo las tendencias a la exclusión. Y de la exclusión a la supresión hay sólo un paso.

Aún hoy los militares que siguen siendo juzgados no asumen sus culpas y niegan la dimensión que tuvo, por ejemplo, tirar personas al mar, al igual que George Bush considera hoy que sumergir a las personas hasta la asfixia para que hablen, “es un método útil”. (*Clarín*, Buenos Aires, 11 de marzo de 2008). También resultó difícil inculpar de delitos de *lesa humanidad* a los civiles, policías y militares que, desde 1973 –antes del golpe–, organizaron la fuerza parapolicial Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Fueron quienes cobraron sus primeras piezas de caza, desde la estructura del Estado.

En el devenir histórico la sociedad y cada uno de sus individuos van construyendo una lengua, un discurso. Con el golpe militar se impuso otro orden, otro discurso autoritario y oficial que resquebrajó la vida y la palabra propia de todos.

Hubo quienes resistieron al discurso autoritario, hubo quienes no. Muchos no pronunciábamos la palabra “subversivo”, ni “locas de Plaza de Mayo”, ni “somos derechos y humanos”. Pero los que habíamos escrito años antes con un lenguaje y una ideología no oficiales, estábamos sentenciados de antemano. Sobre todo porque la topadora militar utilizó –entre otros– el sistema de denuncias por parte de quienes se plegaron, aunque no lo dijeran abiertamente.

En distintos ministerios de Educación y de Cultura fueron los mismos funcionarios –a veces colegas nuestros– quienes se ocuparon de hacer listas y redactar fundamentos para avalar las prohibiciones, atendiendo a instrucciones del poder.

Así se expresó la dictadura en uno de los decretos de prohibición de mi libro *La torre de cubos*:

“Boletín nº 142 – julio 1979 –
Ministerio de Cultura y Educación
Prohibición de una obra

VISTO: Que se halla en circulación la obra *La torre de cubos* de la autora Laura Devetach destinada a los niños, cuya lectura resulta objetable y CONSIDERANDO:

(...) Que del análisis de la obra *La torre de cubos*, se desprenden graves falencias tales como simbología confusa, cuestionamientos ideológico-sociales, objetivos no adecuados al hecho estético, ilimitada fantasía, carencia de estímulos espirituales y trascendentes;

Que algunos de los cuentos-narraciones incluidos en el mencionado libro, atentan directamente al hecho formativo que debe presidir todo intento de comunicación, centrando su temática en los aspectos sociales como crítica a la organización del trabajo, la propiedad privada y al principio de autoridad enfrentando grupos sociales, raciales o económicos con base completamente materialista, como también cuestionando la vida familiar, con distorsiones y giros de mal gusto, la cual en vez de ayudar a construir, lleva a la destrucción de los valores tradicionales de nuestra cultura;

Que es deber del Ministerio de Educación y Cultura, en sus actos y decisiones, velar por la protección y formación de una clara conciencia del niño;

Que ello implica prevenir sobre el uso, como medio de formación, de cualquier instrumento que atente contra el fin y objetivos de la Educación Argentina, como asimismo velar por los bienes de transmisión de la Cultura Nacional;

Por todo ello EL MINISTRO DE EDUCACION Y CULTURA

RESUELVE:

1º Prohibir el uso de la obra *La torre de cubos* de Laura Devetach en todos los establecimientos educacionales dependientes de este Ministerio.

2º De forma“.

Quizás el cuento más urticante fue *La planta de Bartolo*, en el que el personaje, al ver lo costoso que resultaba para los padres reponer los cuadernos de los niños, siembra uno. Pronto obtiene una bella planta que produce cuadernos y él los reparte a los chicos. Llega entonces el Gran Vendedor de cuadernos y quiere comprar la planta por todos los medios. Bartolo se niega. El Gran Vendedor llama a los soldaditos azules de la policía. Pero Bartolo, junto a los niños, los pájaros y los conejos, los echan a todos.

Para dar otro ejemplo, *En el pueblo que no quería ser gris*, Beatriz Doumerc y Ajax Barnes cuentan la historia de un rey que había ordenado pintar todo el pueblo de gris. Pero la gente lo enfrentó y logró la vigencia de todos los colores.

Querían que habláramos y viviéramos en blanco y negro. Querían penetrar en el espacio poético donde están las cosas inalienables, neutralizar el lenguaje, no dejar ni un rastro del registro en palabras de la pobreza social, de la posibilidad de otro mundo. No había que decir “alpargatas” sino “calzado”. Suprimir los regionalismos

“Querían que habláramos en blanco y negro (...). No había que decir ‘alpargatas’ sino ‘calzado’”

y, si era posible, volver a escribir con el pronombre “tú” y no el “vos” propio del habla de los argentinos.

Todo esto dentro del marco de las directivas que los militares publicaban en folletos con una doctrina mucho más amplia, propalada también en discursos y llevada a la acción con la muerte y la desaparición de personas. Porque no se trataba de prohibir libros, sino de suprimir a la persona misma.

La resistencia creativa de los artistas tomó variados caminos: el silencio, por impotencia, por miedo. La clandestinidad: escribir y esconder. La simbolización consciente o inconsciente.

Los ámbitos de esta resistencia funcionaron en el exilio externo, el exilio interno, en las cárceles y los campos de detención. Los “afueras” y los “adentro”. Quienes nos quedamos, convivíamos con otros “adentros” mucho más profundos, representados por la escritura de los presos políticos que escribían en papelitos insólitos. Yo misma, sin estar en la cárcel, adquirí la costumbre de escribir en pequeños papeles y esconderlos luego en carpetas. Para mí se convirtió en un método.

Estela Garibotto, participante del libro *Nosotras, presas políticas* (Nuestra América, 2006), obra de ciento doce prisioneras entre 1974 y 1983, narró para los jóvenes, en una de las presentaciones del libro:

“La mujer era lánguida y oscura. Venía con su cajoncito de enfermera a la puerta del calabozo. Traía remedios y yo le pedía aspirinas que ella me daba con un gesto cansino. Cuando se escuchaba el ruido de la puerta cerrándose, empezaba la fiesta: escribir en la pared cualquier cosa con esas aspirinas a manera de pequeñas tizas que duraban tan poco y debían ser borradas ante el menor ruido que anunciara una nueva intromisión”.

Estos mágicos soportes de la escritura se fueron ampliando con el ingenio y la resistencia creativa. Se escribía y profundizaba la letra de los tangos, o de cualquier texto literario guardado en la memoria y compartido por el imaginario de aquellas presas. O se inventaban ideas para sobrevivir. Frecuentemente los destinatarios de esta escritura eran los niños.

Cito una reflexión que escribí en 2003: “Cuando la gente escribe en el suelo, cuando se expresa en borradores de cualquier clase, deja marcas que no desaparecen del territorio. Creo que las marcas

tardan en volver a verse, por eso de la corta vida, pero las llevamos adentro. Nada que haya llegado a la trabajosa, jubilosa conciencia de ser borrador se pierde para siempre” (Boletín Electrónico *Imaginaría* – septiembre 2003).

El traslado a Buenos Aires desde una ciudad del interior, Córdoba, me hizo sentir ajena a todo y, con el tiempo, fui haciendo un arduo trabajo de recomposición de las piezas de mi vida y mi lengua. Las palabras de Buenos Aires eran las mismas pero a la vez no lo eran. Primó la necesidad de trabajar sobre la lengua del exilio interno y de ir transformando, sin darme cuenta, la experiencia en símbolos.

El exilio en México de la mayoría de los amigos de Córdoba, me llevó a escribir poesía. Las cartas no podían ir y venir sin que las abrieran, eran un riesgo. Fui escribiendo poemas que titulé *Para que sepan de mí*, sin nombre y sin títulos. Y desde 1979 los enviaba en mano, con viajeros. Los amigos hacían cadena y así los leían. Pero no podía haber respuestas.

Hoy, en el libro *Diablos y mariposas*, están para los jóvenes los textos que escribía en los bares, entre trabajo y trabajo, o en las salas de espera. Son textos en los que no siempre se menciona la dictadura. Sería muy importante para los argentinos estudiar los mecanismos y recursos expresivos que afloraron durante esos tiempos, para poder decir cosas sin mencionar directamente las circunstancias prohibidas. Pero mencionándolas, sí, al poner de manifiesto climas y movimientos de la conciencia, de la afectividad, de los procesos interiores. Leo el cuento *Azotea*, escrito en 1979.

“Aquí está Sidonia, en el centro de Buenos Aires, instalada en un alto edificio. No hay patio, no hay tierra, hay muchas paredes que a veces golpean los codos y los hombros.

En la punta del edificio la azotea está llena de cielo negruzco, triste, feo, sucio, empapado de llovizna que no se acaba más. Hay alambres deprimidos y antenas de televisión. De codos en la barandilla, Sidonia trata de encontrar el horizonte en la ciudad.

Debajo de un techito el pantalón se hama, ya seco, a pesar de la estopa mojada que es el aire. Se hama en el alambre. Balanea las caderas al viento y las piernas pedalean.

De pronto Sidonia lo ve como se calma y flota. El pantalón queda quieto y espec-

tante sostenido por un soplo. Alguien viene.

El pantalón aprieta el paso. Se detiene y vuelve a caminar apurado. Lo siguen.

Corre, corre, pero lo detienen. Lo agarran.

Sidonia se aplasta contra la pared, aterrorizada. Trata de que no la vean.

El pantalón se arruga en el alambre, lo palpan torpemente, lo inflan, lo desinflan, lo dan vuelta, le meten las manos en los bolsillos. Le piden documentos.

El da sus razones de pantalón puesto a secar: no tiene documentos.

Entonces tiran de él, lo desprenden, lo doblan, doblan. Se lo llevan, desaparece el pantalón que bailaba en la azotea.

Sidonia grita, no soporta la soledad del alambre, esa ausencia que deja el pantalón. Todos desaparecen desde hace meses. El cuerpo de Sidonia llueve sudor debajo de la llovizna.

–¿Se siente bien? –pregunta, sorprendida, la mujer que había subido a buscar la ropa. Extiende la mano para sostener a Sidonia–. ¿Qué le pasa? ¿Usted es de la familia nueva?

Sidonia se relaja contra la pared. Su corazón es un estómago y su estómago un hueco sin fondo. Extiende la mano y roza apenas el pantalón. Ese toque concreto, esa tela que va llenando la mano la pone mejor. No desapareció.

–No es nada, ya me pasa –dice tratando de ser convincente–. Es el aire, sabe. Hay tan poco aire en esta azotea.

Y ríe mientras la otra mujer dice que sí, claro, y deja que Sidonia crea que ella cree que el agua que tiene en la cara es solamente lluvia”.

Termino con palabras de Juan Gelman. Cito: “A pesar de los genocidas, la lengua permanece, sortea los agujeros, el horror que no puede nombrar”.

Digamos además la palabra mágica para que así sea: “Abracadabra”, como recomendaba Eduardo Galeano. Palabra que en realidad no es tan mágica si tenemos en cuenta que Abracadabra significa en hebreo antiguo “Envía tu propio fuego hasta el final”. ◀▶

Versión de la ponencia leída en la conferencia “Escribir para niños y jóvenes bajo la dictadura”, organizada por la Fundación SM en la Feria de Bolonia 2008.